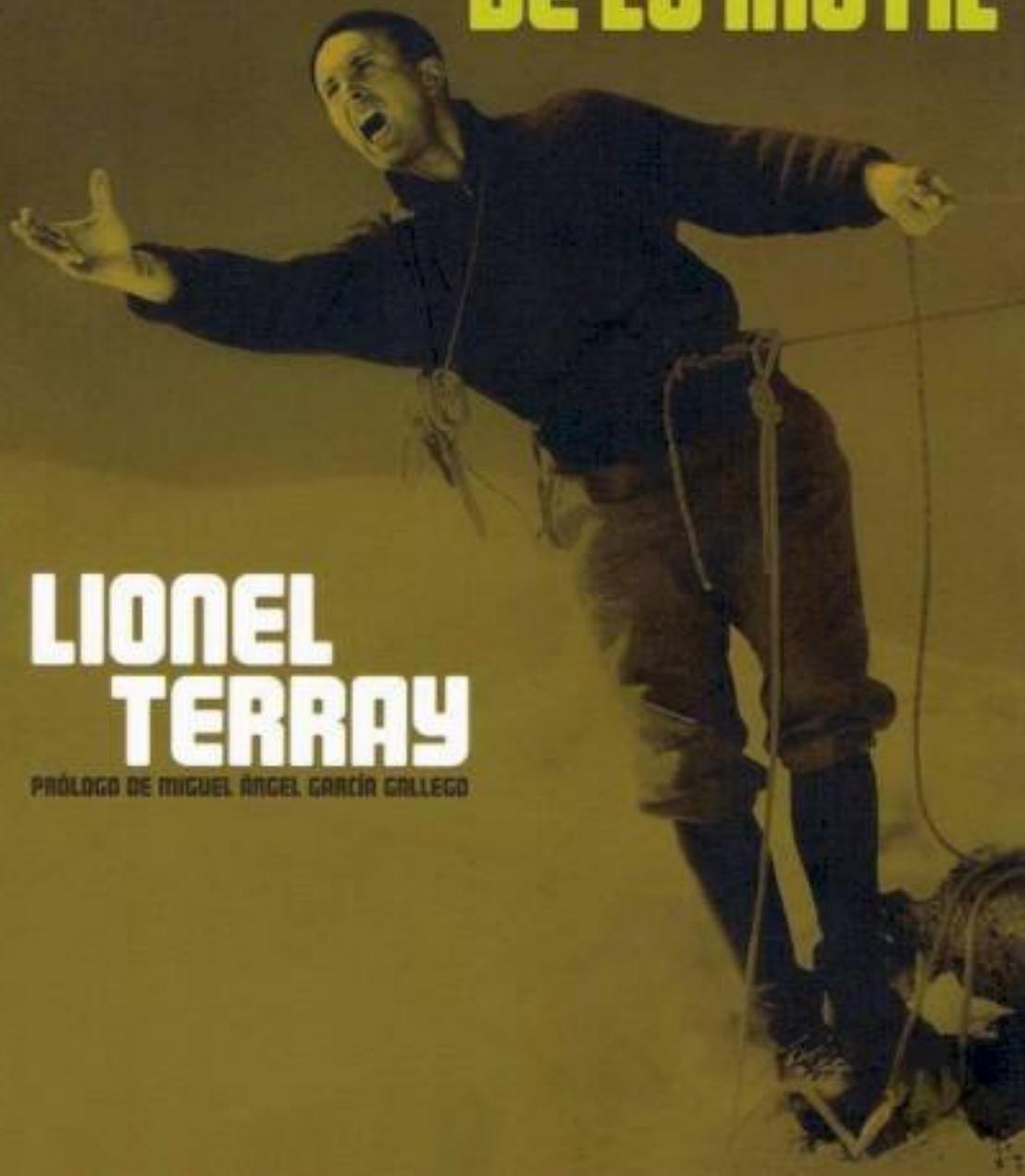


LOS CONQUISTADORES DE LO INÚTIL



**LIONEL
TERRAY**

PRÓLOGO DE MIGUEL ÁNGEL GARCÍA CALLED

En el universo de la montaña hay personas que, arriesgando sus propias vidas, escalan altas cumbres y atraviesan glaciares, en una lucha constante contra las fuerzas de la naturaleza, en la cual el menor error puede resultar fatal. Estos hombres necesitan más que coraje; necesitan pasión.

En *Los conquistadores de lo inútil*, tal vez el libro de montaña más leído de todos los tiempos, Lionel Terray (1921-1965) describe esta pasión a través de su aprendizaje en la montaña, sus victorias en altas cumbres y su íntima amistad con sus compañeros de cordada: Gaston Rébuffat, Louis Lachenal, Maurice Herzog y otros.

Terray, guía de montaña, profesor de esquí, alpinista prodigioso, escritor y cineasta, fue calificado por Messner como «una de las figuras más sobresalientes de la historia del alpinismo». Es autor de primeras absolutas al Fitz Roy, Chacraraju, Jannu, Makalu o Mt. Huntington. En su actividad en los Alpes destacan la primera repetición de la Norte del Eiger y la *Cassin* al Piz Badile en siete horas y media, ambas con Louis Lachenal. En 1950 juega un papel decisivo en el éxito de la expedición francesa al Annapurna, el primer ochomil alcanzado por el hombre. Fallece a los 44 años en un accidente de escalada en Vercors (Francia).

Prácticamente toda su actividad alpinística es de máximo nivel y algunas de sus rutas siguen considerándose hasta hoy extremadamente comprometidas.

Prólogo

Desnivel nos ofrece la primera traducción íntegra en lengua castellana del manuscrito autobiográfico y original del mítico guía francés, Lionel Terray.

Fue el hombre legendario de las primeras ascensiones al Fitz Roy, en Patagonia; al Chacraraju, en Perú; al Makalu, en Nepal o al Mt. Huntington, en Alaska. Esta última cumbre la asciende en compañía del joven Marc Marinetti, junto a quien perdería la vida en un incomprensible accidente de escalada: en un fácil terreno de ensamble de tercer grado, tras superar la parte más comprometida de una vía de entrenamiento en el macizo calcáreo de Vercors, zona que domina los alrededores de su ciudad natal, Grenoble.

Fue también Terray el personaje decisivo en la victoria sobre el Annapurna, el primer ochomil alcanzado por el hombre, y en la segunda del Eigerwand, junto a otro de sus grandes camaradas de cordada y aventura, el igualmente legendario y desaparecido Louis Lachenal. Ambos ejercieron la profesión de guía de alta montaña, oficio nacido en el corazón de los Alpes, que jugó un papel tan determinante durante la exploración de las grandes y remotas montañas del mundo.

Los conquistadores de lo inútil, el verdadero testamento de la época, representa a la vez uno de los mejores textos literarios relacionados con el hombre y la montaña que jamás se hayan escrito. Con su mensaje, probablemente sin fecha de caducidad y plenamente vigente hoy en día, Terray nos describe sus orígenes y las presiones de su entorno familiar, contrario a su temprana vocación montañera;

nos revela con admiración y honestidad la superioridad técnica y el papel decisivo de su compañero Guido Magnone durante la primera ascensión al Fitz Roy, o nos deja soñar con su hermoso epílogo: «Si en realidad no hay ninguna roca, ningún serac, ninguna grieta que me esté esperando en algún lugar del mundo para detener mi carrera, llegará un día en el que, viejo y cansado, encontraré la paz entre los animales y las flores. El círculo quedará cerrado, y por fin seré el simple pastor que añoraba ser en mis sueños de niño».

¡Cuánta sencillez, pasión y belleza nos esperan al sumergirnos en la lectura de esta verdadera joya de la literatura alpina! Disfrútala.

Miguel Ángel García Gallego.

*A mis compañeros de cordada,
muertos en montaña*

El descubrimiento de la montaña

Nacido al pie de los Alpes, antiguo campeón de esquí, guía profesional, alpinista de *grandes courses* y miembro de ocho expediciones a los Andes y al Himalaya, he consagrado toda mi vida a la montaña, y soy, si esta palabra tiene algún sentido, un montañero.

En aparente contradicción con este estilo de existencia, las fantasías del destino me han llevado a dar un gran número de conferencias ilustradas con proyecciones.

Una noche, después de salir de uno de estos espectáculos, fui a tomar una copa al domicilio de una personalidad local. Allí, un respetable profesor, que iba vestido austera-mente, se me acercó y, mirándome con mucha atención, dijo muy cortés:

—Ha estado usted muy interesante.

Como yo le di las gracias con educación, él añadió:

—Pero, ¿a qué se dedica usted habitualmente? ¿Es usted ingeniero, profesor...?

Aquel hombre no pudo ocultar un cierto asombro cuando le contesté:

—No; simplemente soy un guía de alta montaña.

Más tarde, cuando me encontraba en mi triste habitación de hotel intentando inútilmente dormirme (aún estaba bajo los efectos de la excitación nerviosa que produce pasar más de dos horas intensamente concentrado ante el público), las palabras del profesor volvieron a mi memoria. En aquel momento, por primera vez, me di cuenta de que la existencia novelesca que he llevado ha forjado en mí un personaje de una dualidad insólita.

Descubrí que mi imagen, para quienes me conocen perfecta y estrictamente trajeado y me oyen disertar sobre la geografía humana del Himalaya, no guarda relación alguna con la del hombre que soy verdaderamente. Para ellos se oculta, tras esta fachada mundana, el montañero; ese personaje que una literatura demasiado convencional ha dejado etiquetado, para todo el mundo, bajo los rasgos de un rudo campesino de toscos modales. Por primera vez comprendí cómo el extraño destino había hecho de un niño nacido en una familia de intelectuales burgueses un profesional del alpinismo, y uno de los conquistadores de las más altas y difíciles montañas del mundo.

Si esta palabra tiene algún sentido, soy un montañero...

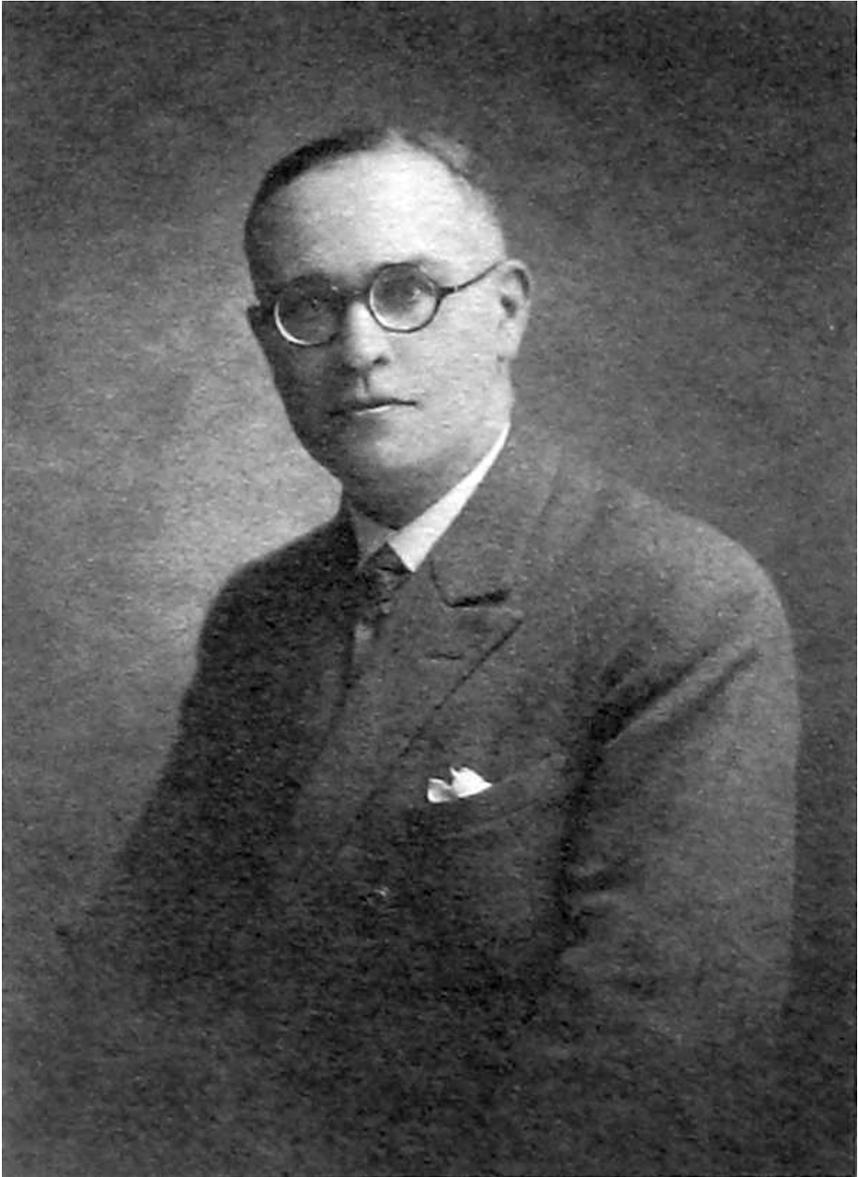
Esta aventura empezó en Grenoble, en una especie de castillo cubierto de viñas silvestres, y situado en las laderas de una montaña que dominaba la ciudad. Fue allí donde nací. Lo primero que mis ojos pudieron admirar fueron las bellas cumbres nevadas del macizo de Belledonne que, frente a las ventanas de la enorme y cómoda residencia familiar, se levantaban creando una barrera deslumbrante.

Mis padres pertenecían a lo que suele llamarse una buena familia; es decir, burgueses acomodados que descendían de varias generaciones de magistrados, de industriales e, incluso, de militares de alto rango.

Pero lo cierto es que esta familia, bajo un aspecto burgués, ocultaba más originalidad y fantasía de lo que pudiera imaginarse a primera vista. Tanto en la rama paterna como en la materna, había habido numerosos personajes que se salían de lo corriente: decididos hombres de negocios, grandes viajeros en busca de fortuna y aventuras, militares y políticos audaces. De estos ilustres antepasados, mis padres habían heredado una mentalidad mucho más abierta y

una concepción de la vida mucho menos tradicional de lo que suele ser corriente en su medio.

Mi padre tenía un marcado tipo germánico: alto, fuerte, con una cabeza grande y una pronunciada mandíbula inferior, y los ojos de un azul muy intenso, casi ocultos detrás de unas gruesas gafas. Era un hombre violento, apasionado, austero y testarudo; pero también era amable y brillante, dotado de unas extraordinarias facultades intelectuales, y con una memoria asombrosa.



Mi padre.

Había tenido una vida muy agitada. Después de cursar con brillantez ingeniería química, partió hacia Brasil para fundar allí una industria. Pero la guerra de 1914 le sorpren-

dió cuando acababa de instalarse en aquel lejano país. Sin dudarle, abandonó todo lo que había creado en Brasil y volvió a Francia, llamado por su deber de soldado.

A los cuarenta años, totalmente decepcionado de los negocios, no le importó dejar la industria para ponerse a estudiar medicina. Y tras cinco años de esfuerzos, se estableció como médico.

Mi padre, ya en su juventud, se había inclinado hacia un tipo de deportes poco normales en aquella época. Había subido en globo, participó en carreras de coches y, sobre todo, había sido uno de los primeros franceses que se pusieron los esquís. En todo caso, fue el primero que llegó a dominar la elegante técnica del *telemark*: el único método para girar que existía en aquellos tiempos heroicos.

Mi madre era bajita, de rasgos clásicos, ojos muy oscuros, y tenía el cabello de un negro azabache. Parecía una italiana.

Estaba dotada de temperamento artístico, y había estudiado pintura. Era apasionada y activa, demostrando ser muy original para su época. En 1913, ya conducía automóviles, y fue la primera francesa que tuvo la suficiente audacia como para esquiar en pantalones. La gran pasión de su juventud había sido la equitación, práctica en la que destacaba, sobre todo en montura de «alta escuela». Durante los años de su estancia en Brasil con mi padre, hizo viajes de varias semanas a caballo y, de esta forma, pudo visitar regiones, todavía en estado salvaje, a las que pocas mujeres blancas se habían atrevido a llegar.

Aunque estaba claramente marcada la tendencia de mis padres hacia la aventura y el deporte, en ellos no alcanzó nunca un grado extremo. Mi padre, sobre todo, jamás permitió que el deporte ocupara un lugar importante en su existencia. Consecuentemente, es innegable que tanto mis antecedentes familiares como la educación que recibí podían dirigirme hacia una vida de deportista y de hombre de acción. Sin embargo, sería exagerado ver en mis primeros

años las raíces de una existencia apasionadamente consagrada a la práctica de los deportes o a las aventuras.

Una cosa es indudable: no fue junto a mis padres donde adquirí el gusto por el alpinismo. Aunque ellos pasaron la mayor parte de su vida rodeados de montañas, nunca practicaron el alpinismo y, como máximo, lo hicieron a modo de paseo, subiendo algunas cumbres fáciles, que no requerían una auténtica escalada. Mis padres no sólo no habían practicado el alpinismo sino que además lo reprobaban, considerándolo como una estúpida locura. Recuerdo perfectamente que, cuando yo era un niño de siete u ocho años, mi madre me dijo un día:

—Te dejo practicar todos los deportes. Pero nunca me gustaría que hicieras motociclismo o alpinismo.

Y cuando yo le pregunté qué significaba esta última palabra, ella me respondió:

—Es un deporte estúpido, que consiste en trepar por las rocas con las manos, los pies ¡y los dientes!

Si mi madre detestaba el alpinismo, fundamentalmente por ignorancia, mi padre, en cambio, lo convertía en objeto de sus sarcasmos y desprecios. Para él, el deporte era sobre todo un medio de conservarse físicamente en forma, con el fin de aumentar la capacidad de trabajo necesaria para lograr el éxito social y económico, y, secundariamente, era una de las formas de proyectarse en el escenario principal de la vida. Entregarse a un ejercicio tan fuerte, agotador, peligroso y discreto como el alpinismo, a mi padre le parecía el colmo de lo absurdo. Y le oí comentar cien veces:

—Hay que ser completamente estúpido para reventarse subiendo a una montaña, corriendo el riesgo de romperse la nuca, cuando en la cumbre no hay ni un billete de cien francos que puedas recoger.

Uno de mis primos, que se había quedado inválido después de una caída en la montaña, era citado constantemente por mi padre como un ejemplo vivo de las nefastas con-

secuencias que acarreaba la locura de escalar. A veces, por la calle, me señalaba despectivamente con el dedo a algunos estudiantes alemanes que, en aquella época, eran la noticia de la región por los numerosos accidentes de montaña que sufrían. Y añadía:

—Mira a esos imbéciles que se dedican a escalar. Pronto acabarán andando con muletas, como tu primo René.

La tradición familiar asegura que siempre fui un niño de un vigor excepcional. Pesaba más de cinco kilos cuando nací y, al parecer, tenía tanto pelo que a los cuatro días tuvieron que llevarme al peluquero.

Los que saben que a los veintiún años tenía la cabeza casi tan lisa como una bola de billar, podrán medir la ironía y la injusticia de la fortuna.



Mi madre.

Al parecer, durante mi infancia, estaba dotado de una independencia de carácter algo enfermiza. Las hazañas que confirman este rasgo son, incluso hoy día, una inagotable

fuentes de conversaciones familiares en las largas veladas de invierno. Una de estas anécdotas creo que merece ser contada. Cuando tenía cuatro o cinco años, a mi madre le gustaba vestirme con elegantes trajecitos de terciopelo negro y de cuello blanco. Cada vez que me obligaban a ponerme aquella ropa —tan poco práctica para jugar, de acuerdo con mis aficiones turbulentas—, mi malhumor llegaba a ser tremendo. Un día que estábamos a la orilla del mar, me negué radicalmente a bañarme. Mi madre, cansada, acabó volviéndome a vestir con uno de esos trajes de principito que tanto me horrorizaban. Apenas me vi vestido, me precipité con entusiasmo hacia las agitadas olas del mar. Algunos pensarán que no sólo era un niño independiente, sino que además estaba muy mal educado.

Tenía yo tres años y medio, cuando mi padre me puso por primera vez unos esquís. La tradición oral ha transmitido varias versiones contradictorias sobre mi primer contacto con la nieve. Para algunos, mi actuación fue brillante; en cambio, otros dicen que fue más bien mediocre. Mi pretensión de objetividad me obliga a pensar que aquella experiencia debió parecerse a la de la mayoría de los niños de esa edad; es decir, me limité a deslizarme sobre los esquís, siendo interrumpido por caídas seguidas de llanto.

Sin embargo, está claro que el esquí no tardó mucho en apasionarme, y, hasta los veinte años, absorbió gran parte de mi tiempo libre, de mis energías y de mis sueños.

Nuestra casa estaba rodeada de un gran parque, en el que había, además de viñas y otros cultivos, un espeso bosque, zarzales espinosos, y también ruinas y rocas. Aquella naturaleza salvaje formaba un marco perfecto para la realización de los sueños de un niño que ansiaba la libertad y lo maravilloso. Allí fue donde crecí, y donde, casi sin limitaciones paternales, podía correr por los bosques, trepar por las rocas, poner trampas a los conejos, a los zorros y a los ratones, y cazar mirlos, tordos y gavilanes.

Excepto durante el invierno, en el que dedicaba todo mi tiempo libre al esquí, yo pasaba en el parque aquellas horas que estaban fuera de mi vida escolar. Me gustaba muy poco el cine, el fútbol y el pasarme las tardes en casa de algún compañero de estudios. No sólo estaba en el parque todos los jueves y todos los domingos, sin importarme el tiempo que hiciera, sino que además diariamente iba allí a pasear: por la mañana, antes de ir a la escuela, y por la tarde, al salir de ésta. A veces, en primavera, cuando la temperatura era suave y el aire estaba cargado de algo parecido, a un fluido estimulante, también me escapaba al parque por la noche. Solía vagar a través de los bosques y los campos, e intentaba penetrar en los misterios de la vida. La oscuridad envolvía a la naturaleza y todo parecía más silencioso que nunca. Durante horas, agachado entre los zarzales, permanecía inmóvil escuchando el crujido de las ramas, el grito de los mochuelos, el cloqueo de un mirlo, y los mil ruidos, casi imperceptibles, que dan testimonio sonoro de la intensa actividad de todo un mundo. Estos años de infancia, vividos en íntimo contacto con la naturaleza, marcaron profundamente mi personalidad física y moral.

Como a todos los niños, me gustaba jugar a indios y vaqueros. Pero, al revés que otros niños, yo disponía para estos juegos de los elementos esenciales, aunque no de los accesorios. Si bien carecía de un sombrero de alas anchas, de una camisa llamativa, de unas plumas de colores y de una estrella de *shériff* en cambio, tenía escopetas de verdad, puñales de verdad, un bosque de verdad y animales salvajes de verdad.

La casa estaba llena de armas heredadas de generaciones de cazadores o traídas de los viajes al Brasil; con una inconsciencia casi increíble, mis padres me dejaban utilizar la mayor parte de ellas. Desde los nueve años, tuve mi propia carabina de ocho milímetros ¡para la que pronto supe fabricarme los cartuchos!